

ÍNDICE

<i>Nota del editor francés</i>	7
<i>Cronología</i>	9

EL ENEMIGO DECLARADO

<i>J. G. busca o rebusca...</i>	15
Entrevista con Madeleine Gobeil	17
Las amantes de Lenin	37
Los pastores de la calamidad	43
¡Franceses: otro esfuerzo más!	49
Me parece indecente hablar de mí...	55
Carta a los intelectuales norteamericanos	59
May Day Speech	65
Entrevista con Michèle Manceaux	75
Introducción a <i>Los hermanos de Soledad</i>	85
Angela y sus hermanos	97
Angela Davis está en vuestras garras	109
Para George Jackson	113
Los palestinos	119
El rojo y el negro	137
Después del asesinato	143
América tiene miedo	149
Prólogo a <i>El asesinato de George Jackson</i>	153
Conozca a los Guaraníes	161
Sobre dos o tres libros de los que nadie ha hablado nunca	165
Cuando «lo peor siempre es lo seguro»	171
Morir bajo Giscard d'Estaing	177
¿Y por qué no un tonto en mangas de camisa?	183

Las mujeres de Jabal al-Hussein	189
Entrevista con Hubert Fichte	193
Cerca de Ajlun	233
La tenacidad de los negros americanos	243
Catedral de Chartres: «Perspectiva caballera»	251
Violencia y brutalidad	261
Entrevista con Tahar Ben Jelloun	273
<i>Los hermanos Kamarazov</i>	281
Entrevista con Antoine Bourseiller	287
Entrevista con Bertrand Poirot-Delpech	303
Quatro horas en Chatila	321
Nº de matrícula 1155	349
Entrevista con Rüdiger Wischenbart y Laila Shahid Barrada	353
Entrevista con Nigel Williams	381

#### ANEXOS

Los miembros de la asamblea	395
Un saludo a las cien mil estrellas	409

Jean Genet había diseñado un proyecto en el que recopilaría sus artículos y entrevistas. En 1984, le confió la edición a Claude Gallimard; él se encargaría de establecer el orden y la presentación que aparecerían también en una edición inglesa.

Una vez recogidos y mecanografiados la mayoría de estos escritos o intervenciones orales que se habían ido publicando a lo largo de veinte años, la idea consistía en seleccionar algunos de ellos y, de alguna manera, reunirlos sin tener en cuenta la cronología, para así sacar a la luz las reflexiones y convicciones que habían marcado el camino de Genet. Más que la adhesión a una ideología, referente a una moral política, prefería evocar el azar y la curiosidad.

Jean Genet nunca llegó a darle forma a este proyecto y, sin embargo, el simple hecho de idearlo lo animó sin duda alguna a buscar la composición general de una obra que, como si de un puzzle se tratase, reuniría las notas que había tomado durante sus viajes y sus largos periodos de soledad, fruto de observaciones, encuentros y de su lúcida percepción de un mundo en movimiento; de ahí su última obra *Un cautivo enamorado*: juego de memoria y escritura que recrea todo un universo, expresando así su sensibilidad personal. Algo similar encontramos también, aunque de forma diferente, en *Diario del ladrón*.

Probablemente, el segundo volumen habría retomado, de una forma u otra, la mayor parte de los textos aquí recogidos, que poseen el valor de un testimonio siempre vigente. Por la originalidad de su perspectiva y el tono del escritor, forman parte indiscutible de su obra. El orden de la recopilación sigue de manera exacta la cronología: cada contribución de Jean Genet se ha clasificado según la fecha en la que, por primera vez, se escribió, o, a falta de estos datos, se hizo público (conferencias, intervenciones,

entrevistas); sólo aparecen como anexos las traducciones de dos artículos en inglés cuya versión original se perdió.

Albert Dichy, que pudo dar forma a los textos, en la mayoría de los casos, a partir de manuscritos, transcripciones mecanografiadas revisadas por el autor o grabaciones, presenta al final de cada texto una reseña detallada, en la que se explica el origen y avatares de cada texto, y algunas notas.

Este volumen, recrea, de 1964 a 1986, el último itinerario de Jean Genet; completado con el texto inédito que él mismo había decidido colocar al principio del libro, y cuyas últimas palabras dan título a la obra: «el enemigo declarado».

**1910-1942** Jean Genet nace el 19 de diciembre de 1910. De padre desconocido, su madre lo abandona a los siete meses de vida a los servicios sociales. Es confiado a una familia de artesanos del pueblo Alligny-en-Morvan, donde lo educan en la religión católica y va a la escuela del pueblo. Es buen estudiante y obtiene el certificado de estudios primarios. A los trece años lo separan de la familia adoptiva y va a un centro educativo del que se escapa a los diez días: sueña con viajar y vivir nuevas aventuras. Tras fugarse y cometer delitos menores en varias ocasiones, a los quince años vive su primera experiencia en la cárcel antes de ser internado, hasta la mayoría de edad, en la Colonia penitenciaria de Mettray.

A los dieciochos años, para abandonar el centro, se ofrece como voluntario para servir al ejército. Sirve a las tropas de Levante y en 1930 es destinado junto con una compañía de soldados zapadores a Damasco, donde reside durante once meses. Al año siguiente, se alista de nuevo y pasa diecinueve meses en un batallón colonial en Marruecos. Después de alistarse en varias ocasiones y de seis años de vida militar, deserta en 1936, y, para escapar a las represalias que pudiesen tomarse contra él, abandona Francia. Durante un año, deambula por toda Europa con papeles falsos. Unas veces es arrestado, otras detenido, y también expulsado. Cruza Italia, Yugoslavia, Checoslovaquia, Polonia, Austria, Alemania y Bélgica.

En julio de 1937 está de vuelta en París y, en un periodo de siete años, es inculcado por desertar, vagabundeo, falsificación de papeles y, principalmente, robos.

**1942-1964** Genet está encarcelado en la prisión de Fresnes cuando, en otoño de 1942, imprime, asumiendo él mismo los gastos, su primer poema: *El condenado a muerte*. Ese mismo año, también en la cárcel, escribe *Santa María de las flores*, y, al año siguiente, *Milagro de la*

*rosa*. Iba a ser condenado a relegación perpetua cuando Jean Cocteau interviene en los tribunales a su favor. Es liberado el 14 de marzo de 1944, poco después de que Paul Morihien y Robert Denoël publicasen, de forma clandestina, *Santa María de las flores*.

Gracias al editor Marc Barbezat, Genet escapa poco a poco del círculo de publicaciones clandestinas. En menos de tres años, de 1945 a 1948, escribe, una tras otra, tres novelas: *Pompas fúnebres*, *Querelle de Brest* y *Diario del ladrón*, una selección de poemas, un ballet (*'Adame Miroir*) y tres obras de teatro (*Severa vigilancia*, *Las criadas* y *Splendid's*). Por petición de varios escritores, y promovida especialmente por Cocteau y Sartre, el presidente de la República le otorga, en 1949, la gracia definitiva: ya no volverá a la cárcel. Ese mismo año, exactamente, Genet deja de escribir e inicia un silencio que durará seis años y que se agudiza con la publicación, en 1952, de *San Genet, comediante y mártir* de Sartre. El teatro proporcionará, sin embargo, una vía de escape provisional a esta crisis: entre 1955 y 1961, Genet escribe y publica tres obras de teatro (*El balcón*, *Los negros* y *Los biombos*), que le colocan en primera fila entre los dramaturgos contemporáneos. Escribe también breves pero importantes ensayos sobre arte; uno de los más memorables es el que consagra a su amigo Alberto Giacometti.

**1964-1986** Genet trabaja desde hace varios años en un gran proyecto —un enorme ciclo de siete obras de teatro— cuando se entera de la noticia del suicidio de Abdallah, el joven acróbata para el que había escrito *El funambulista*. Profundamente conmovido, Genet anuncia a sus más allegados que abandona la literatura. A pesar del interés que muestra por la producción de *Los biombos* en París, en abril de 1966, y la publicación de *Cartas a Roger Blin*, pasa por una depresión aguda. En mayo de 1967, poco después de haber escrito su testamento, aparece exánime en su habitación de hotel en Domodossola, ciudad fronteriza de Italia, tras haber ingerido grandes dosis de somníferos.

Como inicio de una nueva etapa, el 22 de diciembre de 1967, emprende un viaje a Extremo Oriente, que vive como una especie de renacimiento, y se instala un tiempo en Japón. Cuando regresa a Francia le sorprenden los acontecimientos de Mayo del 68 y la energía del levantamiento. Publica entonces, en homenaje a Daniel Cohn-Bendit, su primer artículo político. Tres meses más tarde, una revista norteamericana le invita a «cubrir» el congreso demócrata de Chicago. Genet viaja por primera vez a los Estados Unidos y se implica en las

grandes manifestaciones de la izquierda norteamericana contra la guerra del Vietnam. En París se interesa cada vez más por los problemas de los inmigrantes argelinos y marroquíes y participa de forma activa en numerosas manifestaciones a su favor.

Sin embargo, el gran año de actividad política de Genet será 1970. El 25 de febrero, un responsable del Partido de los Panteras Negras, organización norteamericana paramilitar que lucha por la autodeterminación del pueblo negro, solicita su apoyo. Genet rechaza firmar peticiones, pero propone dirigir una campaña *in situ*, en los Estados Unidos, para los Panteras Negras. Durante dos meses, del 1 de marzo al 2 de mayo, comparte con ellos su vida y compañía, y recorre incansablemente tierras norteamericanas dando innumerables conferencias en las universidades o a la prensa. El 20 de octubre de este mismo año, animado por el delegado de la Organización por la Liberación de Palestina en París, viaja a Jordania para visitar los campos palestinos. Planea pasar ocho días y finalmente se queda seis meses. A principios de noviembre, en el campo de Wahdate, conoce a Yasser Arafat, quien le concede una autorización y lo compromete a dar testimonio acerca de la tragedia que se vive en Palestina.

Tras cuatro estancias en Oriente Medio, las autoridades jordanas lo detienen y es expulsado del país el 23 de noviembre de 1972.

Privado de visado de entrada en los Estados Unidos y con la prohibición de permanecer en suelo jordano, Genet se refugia en Francia y vuelve a París, que será, durante unos diez años y con desplazamientos incesantes, su principal lugar de residencia, donde su actividad política no se ve mermada. Publica numerosos artículos en la prensa, participa en las elecciones presidenciales de mayo de 1974, se acerca al Grupo de Información sobre las Prisiones, e intenta convencer a escritores (entre los que se encontraban Jacques Derrida, Juan Goytisolo, Pierre Guyotat, Jacques Henri, Philippe Sollers, etc.) de que escriban un libro colectivo sobre los prisioneros negros norteamericanos o sobre los palestinos. Al mismo tiempo, emprende, desde inicios de 1970, la redacción de una obra que relata su vivencia en los campos palestinos y su experiencia con los Panteras Negras, obra que abandonará y retomará varias veces, y que finalizará quince años más tarde con la publicación de *Un cautivo enamorado*.

En los momentos en que pierde las esperanzas de acabar este libro, Genet se deja llevar por otros proyectos; por ejemplo, de 1976 a 1978, trabaja en la elaboración del guión de una película titulada *La*

*Nuit venue*, que cuenta la historia de un joven inmigrante y su primer día en París. Pero el día antes del rodaje Genet renuncia, sin dar explicaciones, a seguir adelante con el proyecto. Tres años más tarde, volverá a ocurrir algo parecido: Genet firma un contrato para rodar una película, consagrada a una historia imaginaria de la Colonia de Mettray, y después de un año de trabajo con el guión se echa atrás.

En mayo de 1979, Genet se entera de que tiene cáncer de garganta y comienza un tratamiento que, aunque lo debilita considerablemente, le da unos años de tranquilidad.

En septiembre de 1982, vuelve a Oriente Medio y se encuentra por casualidad en Beirut el 16 y 17 de ese mes en el momento de la masacre en los campos palestinos de Sabra y Chatila. Testigo de la tragedia, Genet, que hacía tiempo que no escribía, vuelve a la pluma y escribe su texto político más importante: «Cuatro horas en Chatila».

Algunos meses más tarde, en julio de 1983, en Marruecos, donde reside, comienza a recopilar, unificar y retomar notas y borradores del libro sobre los palestinos y los negros norteamericanos y, desde ese momento, trabajará en el libro sin cesar, sobre todo porque sabe que su enfermedad sigue evolucionando.

Vuelve una vez más a Jordania, en julio de 1984, para ver de nuevo los lugares y personajes que describe en su libro. Éste queda finalizado en noviembre de 1985. Genet vuelve entonces a París y confía a su editor el manuscrito de *Un cautivo enamorado*.

En el mes de marzo de 1986, tras haber corregido las primeras pruebas durante largo tiempo, viaja a Marruecos durante diez días. A su regreso, se instala en el Jack's Hotel de la calle Stéphane-Pichon de París. Recibe las segundas pruebas de su libro que comienza a releer. Muere la noche del 14 al 15 de abril de 1986.

El 25 de abril es enterrado, tal y como deseaba, en el pequeño cementerio español de Larache, cerca de Tánger, en Marruecos. El cementerio está situado al filo de un acantilado desde el que se divisa el mar. Por un lado lo bordea una cárcel municipal y por el otro lado una «casa de citas».

El 26 de mayo de 1986, *Un cautivo enamorado* se publica en Éditions Gallimard.

*Albert Dichy*



## EL ENEMIGO DECLARADO

J. G. busca, o rebusca, o querría descubrir, pero nunca descubrirlo, al delicioso enemigo desarmado, cuyo equilibrio es inestable, de perfil incierto, de aspecto inadmisibile, al enemigo al que un soplo tumba, al esclavo ya humillado que se tira por la ventana cuando se le hace una señal, al enemigo vencido: ciego, sordo, mudo. Sin brazos, sin piernas, sin vientre, sin corazón, sin sexo, sin cabeza, en suma, al enemigo completo, que lleva en sí mismo las marcas de mi bestialidad, que ya nunca —es demasiado perezosa— se ejercerá. Querría el enemigo total, que me odiaría sin medida y con toda espontaneidad, pero el enemigo sumiso, vencido por mí antes de conocerme. Y, en todo caso, irreconciliable conmigo. Nada de amigos. Sobre todo, nada de amigos: un enemigo declarado, pero no desgarrado. Neto, sin falla. ¿De qué colores? Que fuese de un verde muy suave a un violeta efervescente, como una cereza. ¿Su estatura? Entre nosotros, que se presente ante mí de hombre a hombre. Nada de amigos. Busco un enemigo que desfallece, que se dirige a la capitulación. Le daré todo lo que pueda: bofetadas, tortas, patadas, haré que le muerdan zorros hambrientos, le obligaré a comer comida inglesa, a asistir a la Cámara de los Lores, haré que se le reciba en Buckingham Palace, que folle con el príncipe Felipe, que el príncipe se lo folle, lo haré vivir un mes en Londres, que se vista como yo, que duerma en mi lugar, que viva en mi lugar: busco al enemigo declarado\*.

\* Este texto no pertenece al conjunto de escritos que componen *El enemigo declarado*. Si figura aquí, a la manera de un prólogo y fuera del orden cronológico es para satisfacer el deseo del autor que, en el proyecto que bosquejó en 1984, había decidido colocarlo (titulado de manera provisional «Página de Tángen») al principio de la obra.

En septiembre de 1975, se pensó publicar este texto en un libro colectivo de homenajes a William Burroughs y Brion Gysin: finalmente, Genet descartó esa

posibilidad. Pero en las pocas líneas que debían servir de introducción al texto, Brion Gysin, pintor y poeta americano, recuerda las circunstancias de su redacción. Las añadimos a continuación como presentación, puesto que explican el status de este texto ambiguo, a un tiempo divertido, cruel y grave, que toma prestadas las fórmulas del pastiche (especialmente las de los «anuncios por palabras»), para desviarlas por vías más sutiles:

«En 1970, en Tánger, Jean Genet me preguntó qué había ocurrido con el periódico *underground* inglés *International Times*. Cuando le respondí que los editores estaban en una situación difícil ante la ley inglesa debido a los anuncios por palabras en los que se buscaban amistades particulares, exclamó: “¿Amistades? ¡Yo lo que busco es un enemigo que esté a mi altura!”. Y escribió estas líneas...».

Que Genet desease que la publicación que compilaba sus textos políticos estuviese precedida por este texto conlleva una indicación, que es imposible ignorar, no sólo acerca de la identidad de su autor, en parte similar a un personaje de ficción («J. G. busca o rebusca...»), sino también sobre cómo han de leerse los diferentes escritos de esta compilación, de los que se nos da aquí, de golpe, el tono general y la clave secreta.

MADELEINE GOBEIL — *Jean Genet, es usted, hoy, un escritor conocido, traducido y representado en todas las lenguas. Su obra Los negros está en cartel en Nueva York<sup>1</sup> desde hace tres años. Una película inspirada en El balcón<sup>2</sup> suscita numerosas controversias. La crítica inglesa y americana de Santa María de las Flores es excelente<sup>3</sup>. A la publicación de su libro le ha precedido la de un ensayo de una extensión de seiscientas páginas del gran filósofo francés Jean-Paul Sartre<sup>4</sup>. Ahora bien, lo que más se conoce de su obra, su «imagen de marca», por decirlo así, son las palabras «ladrón, traidor, cobarde y homosexual»<sup>5</sup>. Se diría que es casi una «triquiñuela» publicitaria. ¿Qué le parece a usted?*

GENET — La publicidad no se equivoca, pues sabe descubrir las razones profundas y explotarlas. Si hubiese querido hacer de ese eslogan una manifestación publicitaria, probablemente lo habría conseguido.

En la época en la que se publicaron mis libros (hace ya casi veinte años), es incontestable, puse de manifiesto todo lo que acaba de decir y por razones que no siempre eran muy puras, quiero decir, de orden poético. Así que la publicidad sí intervenía. Sin ser perfectamente consciente, me hacía mi propia publicidad, pero elegía medios que no eran seguros para mí, que me ponían en peligro. El hecho de llamarme públicamente homosexual, ladrón, traidor y cobarde me descubría, me ponía en una situación en la que no podía dormir tranquilo o hacer una obra que la sociedad pudiese asimilar fácilmente. En resumen, me ponía de golpe, al echarme aparentemente un farol publicitario, en una posición en la que la sociedad no podía atenderme inmediatamente.

M. G. — *¿Por qué decidió hacerse ladrón, traidor y homosexual?*

G. — No lo decidí, no tomé ninguna decisión. Pero hay un cierto

\* Entrevista realizada en enero de 1964 en París, para la revista americana *Playboy*. Esta versión ha sido establecida a partir de la transcripción mecanografiada aprobada por el autor.

número de hechos. Si empecé a robar fue porque tenía hambre. Más tarde, tuve que justificar mi acto, tuve que «encajarlo» de algún modo. En cuanto a la homosexualidad, no tengo ni idea. ¿Qué se puede saber de eso? ¿Acaso sabemos por qué un hombre elige una posición para hacer el amor? La homosexualidad me ha sido impuesta, como el color de los ojos, el número de pies. De muy pequeño, fui consciente de la atracción que ejercían sobre mí otros niños, nunca sentí atracción por las mujeres. Sólo después de haber sido consciente de esa atracción «decidí», «elegí» libremente mi homosexualidad, en el sentido sartriano de la palabra. Dicho de otro modo, más simple, tuve que acomodarme, aun sabiendo que la sociedad lo reprochaba.

M. G. — *¿Cuándo salió de la cárcel por última vez?*

G. — Creo que en 1945<sup>6</sup>.

M. G. — *¿Cuánto tiempo ha pasado allí en su vida?*

G. — En total, si incluyo el tiempo pasado en el correccional, hace un total de unos siete años<sup>7</sup>.

M. G. — *¿Elaboró su obra en la cárcel? Nebru dice que su estancia en la cárcel fue el mejor tiempo de reflexión de toda su vida.*

G. — ¡Pues que vuelva allí!

M. G. — *¿Sigue robando hoy en día?*

G. — ¿Y usted, señorita?

M. G. — ...

G. — ¿No roba? ¿No ha robado nunca?

M. G. — ...

G. — Bueno, ya no robo del mismo modo en que lo hacía antes. Percibo derechos importantes por mis libros, al menos derechos que me parecen muy importantes. Ahora bien, esos derechos son el resultado de mis primeros robos. Por tanto, sigo robando. Es decir, sigo siendo deshonesto con una sociedad que finge creer que no lo soy.

M. G. — *Hasta los treinta años vagabundé atravesando Europa, de cárcel en cárcel. Describe esa época en su libro Diario del ladrón. ¿Se consideraría un buen ladrón?*

G. — Un «buen ladrón»... Es divertido escuchar las dos palabras juntas. Buen ladrón, ladrón bueno... Sin duda, lo que quiere preguntarme es si era un ladrón hábil. No era torpe. Pero hay en la operación que consiste en hurtar una parte de hipocresía (pero estoy intimidado, el micrófono me molesta para reflexionar. Veo la cinta del magnetófono y me sale una especie de cortesía, no en lo que la con-

cierne, porque con usted siempre podría escaquearme, sino en lo que concierne a la cinta que se desenrolla en silencio sin que yo intervenga). Así, hay en el acto de robar una obligación de esconderse. Si uno se esconde, disimula una parte de su acto, no puede confesarlo. Confesarlo ante los jueces es, además, peligroso. Ante los jueces hay que negar, negar escondiéndose. Cuando se hace algo escondiéndose, se hace siempre de un modo torpe, es decir, sin utilizar todas las cualidades. Obligatoriamente hay algunas que están dirigidas al ocultamiento del acto que se emprende. Para mí, en el hecho de robar contaba mucho la preocupación de hacer públicos mis robos, de «publicarlos» por vanidad, orgullo o sinceridad. En todo ladrón hay un Hamlet que se pregunta por sí mismo y sus actos, pero que ha de hacerlo en público. Por eso comete sus robos con torpeza.

M. G. — *¿No le es propia esa torpeza? ¿Propia de esa manera tan cerebral de enfrentarse a la cuestión? Los periódicos deifican a los grandes ladrones, narran crímenes prestigiosos... Vea, por ejemplo, la admiración más o menos admitida en la prensa por el famoso robo del tren inglés que ha traído de cabeza a Scotland Yard, un robo que ha reportado a sus autores millones de dólares...*

G. — ¿Millones de dólares? ¡Son los policías quienes han dado el golpe! ¡En mi opinión, no hay ninguna duda! Ya hayan sido oficiales, ya antiguos capitanes, ya auténticos capitanes, ya personas en complicidad con los organismos sociales. Pero un ladrón que es ladrón, que se quiere ladrón, que opera solo, debe fracasar.

M. G. — *¿Como los personajes pusilánimes de sus novelas, que cometen robos miserables, por ejemplo, desvalijando a otros homosexuales o llevándose el cepillo de la iglesia? La prensa y el cine no nos tienen en absoluto acostumbrados a ese tipo de gánsteres.*

G. — No conozco bien América, pero, viendo sus películas, creo que, para preservarse mejor, para permanecer intacta, ha inventado una suerte de gánster que encarna casi totalmente el Mal. Naturalmente, esos gánsteres son imaginarios. América ha erigido ante ella un gánster imaginario de tal manera que no se la pueda identificar a ella, América, con el Mal. Hay una parte de América que es buena, la América de la Constitución, la América que conocemos nosotros, en Francia, en Occidente, en Oriente, por todos lados y, por otro lado, el Mal, el gánster absoluto, que, además, suele ser italiano. Ha inventado una especie de gánster que no existe, salvo, tal vez, entre los sindicalistas. Lo que sé de la civilización americana es que es muy aburrida. Podemos juzgar a un país por sus delin-

cuentas. Los que nos despacha en sus películas y libros son de una brutalidad tal que no producen ningún deseo de conocerlos. Son aburridos. Sin embargo, debe de haber bandidos muy finos y muy sensibles...

M. G. — *Sartre explica que usted ha decidido vivir el Mal hasta la muerte. ¿Qué quería usted decir con ello?*

G. — Es vivir el Mal de tal manera que uno no pueda ser recuperado por las fuerzas sociales que simbolizan el Bien. Yo no quería vivir el Mal hasta mi propia muerte, sino de tal manera que me condujese a refugiarme, si tuviese que refugiarme en algún lugar, sólo en el Mal y en ningún otro sitio, nunca en el Bien.

M. G. — *Sin embargo, su título de escritor célebre le da derecho de ciudadanía en el lado del «bien», en la sociedad. ¿Se le recibe en ella, se mueve usted en ese mundillo?*

G. — Nunca. La sociedad no se equivoca. Digamos, para empezar, que no me gusta salir. Tampoco tengo mucho mérito por ello. La gente no me invita porque enseguida sienten que no soy de los suyos.

M. G. — *¿Siente solidaridad hacia los criminales, hacia los humillados?*

G. — Ninguna. Ninguna solidaridad, porque, Dios mío, si hubiese solidaridad, habría un principio de moral, y, por tanto, un regreso al Bien. Si, por ejemplo, entre dos o tres criminales existiese la lealtad, sería el comienzo de una convención moral y, por tanto, el comienzo de un Bien.

M. G. — *Cuando lee la narración de un crimen, como por ejemplo el de Oswald<sup>8</sup>, ¿qué siente?*

G. — ¡Ah! Si lo entiende así... Sí, siento solidaridad. No porque sienta un odio particular hacia el presidente Kennedy: no me interesaba en absoluto. Pero ese hombre solo que decide oponerse a una sociedad tan fuertemente organizada como la sociedad americana, e incluso la sociedad occidental, o incluso a toda sociedad que repruebe el Mal... ¡Ah, sí! Estoy con él. Simpatizo con él del mismo modo en que simpatizaría con un gran artista que estuviese solo contra toda una sociedad, ni más ni menos. Yo estoy con todos los hombres solos. Pero, aun cuando yo esté con todos los hombres solos, un hombre solo sigue solo. Aun cuando esté con Oswald, cuando cometía su crimen, estaba solo. Aun cuando esté con Rembrandt, cuando pintaba sus óleos, estaba solo.

M. G. — *¿Mantiene alguna relación con sus antiguos compañeros de celda?*